

escelentes, y los escogí para hacerlos las criaturas más nobles que habían salido del seno de mi poder; ocupaban en el cielo las primeras sillas, pero su orgullo y su presunción los precipitó en los abismos. Cuanto mayores gracias se han recibido de la mano del Señor, mayor cuenta se ha de dar á su justicia; á los favores más señalados corresponden mayores obligaciones de agradecimiento y de fidelidad. *Trabajad en el negocio de vuestra salvación con temor y temblor*, dice el Apóstol (*Filip. 2.*): no te fies mucho de esa inocencia de costumbres, de esa constante devoción; es una flor que el aire la marchita; es un cristal que el menor soplo le empaña; un golpe de viento echa muchas veces á pique los más fuertes navios; basta un soplo para apagar el hacha más luminosa. ¡Buen Dios, cuántos perecen por una falsa seguridad!

Las pasiones nunca se doman enteramente, ni al enemigo de la salvación se le vence jamás por medio de la complacencia. Todo aquel que se descuida, es hombre perdido. Cuando el Salvador recomienda tanto el velar y orar, no habla precisamente con los pecadores de profesión; dirigió estas palabras á los tres apóstoles más favorecidos suyos. ¿Espóneste á los mayores peligros de pecar, sin miedo de precipitarte, porque fuiste fiel hasta ahora? ¡Qué ilusión, qué confianza tan mal fundada! David había salido victorioso de muchos combates; había hecho grandes progresos en la virtud; y David, aquel hombre según el corazón de Dios, luego que no desconfió de su flaqueza, cayó en los pecados más enormes. Apenas hay tentación más digna de temerse que la falsa confianza: basta un solo pecado para perder en un momento todos los méritos de la vida más santa y más penitente: *Después que hayais hecho todo cuanto os he mandado* (dice Jesucristo), *decid: Siervos inútiles somos. Bienaventurado aquel que desconfía siempre de sí, y anda siempre temeroso.*

¡Ah, Señor, y cuánto tengo de que acusarme en este punto! Mis frecuentes caídas no han sido por ventura efecto de mi demasiada confianza, ó por mejor decir, de mi necia presunción? En vuestra sola gracia debo esperar, mi Dios, y en vos solo coloco toda mi confianza; vos solo sois toda mi esperanza y toda mi fortaleza; en mí no hay más que miseria, y nunca perderé de vista mi pobreza y mi nada.

JACULATORIAS. — Bienaventurado aquel que siempre vive temeroso y desconfiado de sí mismo. (*Prov. 28.*)

Reconozco, Señor, que estoy destituido de todos los bienes; no veo en mí más que pobreza y miseria; pero vos sois, Dios mío, toda mi confianza. (*Psal. 68.*)

## PROPOSITOS.

1 Es la presunción cierta opinión demasíadamente buena que cada uno tiene de sí mismo; ninguna cosa prueba más que uno se conoce poco, que cuando se estima mucho; es mucha pobreza de entendimiento ignorar hasta donde llega la flaqueza propia; el que fía en su imaginaria virtud, esté cierto de que no la tiene. No hay, pues, que admirarse de que hociquen en caídas tan vergonzosas esas almas tan presumidas. Complácese Dios en confundir el orgullo humano; aprende á desconfiar de tí, sirviéndote de escarmiento tantos y tan ruidosos ejemplares; reconoce tu miseria y tu inclinación al mal. Acuérdate sin cesar de que debes obrar el negocio de tu salvación con temor y con temblor, como dice el Apóstol; no hay virtud tan arraigada, ni hábito virtuoso tan antiguo que nos dispense en este saludable temor. Teme continuamente las sorpresas de los sentidos, los artificios de las pasiones, los lazos que arman á la inocencia los objetos peligrosos; teme á tu propio espíritu y á tu mismo corazón; témete á tí mismo, porque en esta vida todo es peligroso. No se aparte jamás de tu memoria este oráculo del Apóstol: *Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso de ofender á Dios.*

2 No basta temer, es menester aplicar todos los medios para evitar lo que se teme. Toma, pues, desde este mismo día una eficaz resolución de huir todo aquello que puede ser ocasión de pecado; de no hallarte en tal concurrencia; de no ver tal persona; de no tratar de tal asunto; de abstenerse de tal juego; de negarte á tal diversion; de no leer tal libro; de no reprender con cólera á tus criados ni á tus hijos; en una palabra, de evitar todo lo que puede servir de lazo á tu fidelidad y á tu inocencia. No hay que fiarte del valor ni de la fidelidad antecedente: así como ninguna cosa empeña más al Señor para concedernos sus auxilios particulares que la humilde desconfianza de sí mismo, así también ninguna cosa le irrita más que la temeraria presunción. Huye las ocasiones, si quieres vivir sin pecado.

## DIA XVI.

## MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES FERREOLO, presbítero, y FERRUGION, diácono, en Besanzon de Francia; los cuales fueron enviados á predicar el Evan-

gelio por el santo obispo Ireneo, y despues de varios tormentos fueron degollados por orden del juez Claudio.

LOS SANTOS MÁRTIRES QUIRICO Y JULITA SU MADRE, en tiempo del emperador Diocleciano, en Tarso de Cilicia. QUIRICO era niño de tres años, y porque lloraba sin cesar viendo como azotaban cruelmente á su madre con nervios de buey, delante del juez Alejandro, estrellado por los verdugos contra las gradas del tribunal murió; JULITA, despues de aquellos crueles azotes, y otros diversos tormentos; acabó el curso de su martirio habiéndola degollado. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS AUREO Y JUSTINA, SU HERMANA, Y OTROS MÁRTIRES, en Maguncia; los cuales estando en la iglesia comulgando, fueron hechos pedazos por los hunos, que andaban saqueando y devastando la Alemania.

SAN TICON, obispo, en tiempo de Teodosio el mozo, en Limiso de Chíprr.

EL TRÁNSITO DE SAN AURELIANO, obispo de Arlés, en Leon de Francia. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN SIMILIANO, obispo y confesor, en Nantes en la Bretaña menor.

SAN BENNON, obispo, en Meysen en Alemania.

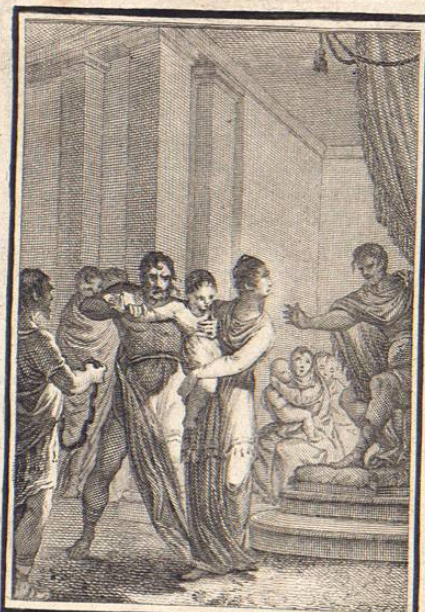
LA DICHOSA MUERTE DE SAN JUAN FRANCISCO DE REGIS, confesor, de la Compañía de Jesus, de singular caridad y paciencia en cuidar del bien de las almas, en Lalovesco, aldea de la diócesis de Viena en el Delfinado: fué canonizado por el papa Clemente XII. (*Véase su vida en las del día 21 de mayo.*)

SANTA LUTGARDA, virgen, en Brabante. (*Véase su vida en las de hoy.*)

#### SAN QUIRICO Y SANTA JULITA, MÁRTIRES.

FUÉ Sta. Julita una señora jóven cristiana, de casa ilustrísima y muy distinguida en el Asia, como descendiente de sus antiguos reyes; pero mas respetada por su eminente virtud que por su nobilísimo nacimiento. Nació en Iconia, hoy Cogni, capital de Licaonia, donde S. Pablo y S. Bernabé habian predicado la fe de Jesucristo con tanto fruto y con tan feliz suceso. Habiéndose casado con un caballero de la primera calidad, como correspondia á su nobleza, fué su virtud ejemplo de señoras cristianas, añadiendo su modestia nuevo lustroso realce á todas las demás prendas que la adornaban; de manera, que parecia como original del bello retrato de la mujer fuerte que pinta el Sabio en la sagrada Escritura.

Era una de sus primeras atenciones el cuidado de estrechar cada dia mas y mas la casta union con el esposo que el cielo la habia destinado, y el conservar la paz y buen gobierno en toda la familia, siendo esta su ordinaria y principal ocupacion. Humilde sin artificio, modesta sin afectacion, vestida con la decencia



S. QUIRICO  
Y STA. JULITA MRS.

correspondiente á su clase , pero sin ostentacion ni profanidad , inspiraba aprecio y veneracion de la virtud en cuantos la conocian y la trataban. Por otra parte se hacia admirar , y aun adorar por la afabilidad con que se hermanaba con todos , y por el peso , prudencia y discrecion que acompañaba á todas sus palabras. Ni era la menor de sus virtudes la exactitud con que pagaba el salario á sus criados , y el amor con que los socorria en sus necesidades. Su caridad con los miserables la mereció el nombre de madre de los pobres , ganándola el corazon de todos los necesitados. El tiempo que la dejaban libre las obligaciones domésticas , le empleaba en la labor , en la oracion y en otras devociones.

Tal era Julita , cuando queriendo Dios perfeccionarla en los trabajos , y proponerla á la Iglesia como una mujer verdaderamente fuerte , la llevó á su marido en la flor de la edad , dejándola viuda á los veinte y dos años , sin mas hijos que un niño , llamado Quirico , único fruto de su matrimonio , que todavía estaba en la cuna. Libre de las cargas de casada , se dedicó enteramente á desempeñar las obligaciones del nuevo estado , sobresaliendo en el ejercicio de todas las virtudes , que pide á las viudas el Apóstol.

Fué su principal atencion criar al niño Quirico en el santo temor de Dios , inspirándole desde luego aquellas máximas cristianas , que le hicieron tan ilustre mártir aun sin haber salido de las primeras niñeces. Apenas sabia hablar , y ya sabia qué cosa era ser cristiano. Todo su gusto era ser instruido en la religion , y aprender de memoria sus preceptos. Correspondia perfectamente á las piadosas inclinaciones del hijo el zelo de la santa madre. Nunca le hablaba sino del culto divino y de los principios del Evangelio.

Tenia solos tres años el niño Quirico , cuando los emperadores Diocleciano y Maximiano publicaron su cruel edicto contra los cristianos , empeñados en esterminarlos de todo el imperio. El gobernador de Licaonia , llamado Domiciano , fué uno de los ministros que se mostraron mas zelosos en su puntual ejecucion , y fué general la consternacion en toda la provincia. En las plazas públicas no se veian mas que ecúleos , potros , horcas y cadalsos , ni se hablaba de otra cosa que de suplicios y de tormentos. Deseaba Julita con vivas ansias derramar su sangre por amor de Jesucristo , habiendo mucho tiempo que suspiraba por el martirio ; pero se hallaba embarazada con la suerte de su hijo , temiendo que se le arrancarían de los brazos , y le criarían en la religion pagana. Resolvió , pues , ponerse á cubierto de la tempestad por algun tiempo , y dejó la ciudad y la provincia acompañada de so-

las dos criadas suyas. Abandonando, pues, su casa, sus conveniencias y todos sus grandes bienes por salvar su fe y la de su hijo, se retiró á Seleucia en la provincia de Isauria; asilo poco seguro, por estar mas encendida la persecucion en aquella provincia que en la de Iconia. Su gobernador Alejandro, aun mas cruel que Domiciano, persiguiendo furiosamente á los cristianos, satisfacía su ambicion y su despique, porque á un mismo tiempo lisonjeaba á los emperadores y contentaba la aversion personal que profesaba al cristianismo. Obligada Julita á buscar abrigo mas seguro, á pesar de la fatiga y de las incomodidades de un viaje tan largo como penoso, se refugió en Tarso de Cilicia; pero el Señor, que la queria probar, y premiar al mismo tiempo su fe, permitió que la fuesen siguiendo allí sus perseguidores.

No bien habia llegado á dicha ciudad, cuando el emperador despachó una orden á Alejandro, gobernador de Isauria, para que pasase á Tarso con comision particular de poner en ejecucion el edicto contra los cristianos, mandándole espresamente en la instruccion que á ninguno perdonase. Conoció entonces nuestra Santa que Dios queria cumplir sus deseos, y que se habia llegado el tiempo de consumir su sacrificio; por lo que suplicó fervorosamente á su Majestad se dignase aceptar tambien la tierna víctima que le ofrecia con ella, no permitiendo que su querido hijo la sobreviviese; oracion que fué benignamente oida, y favorablemente despachada. Luego que llegó el gobernador fué acusada en su tribunal la jóven viuda como cristiana, y haciéndola arrestar, fué llevada á su presencia con su hijo en los brazos, sin mostrar la Santa alteracion ni sobresalto.

Informado Alejandro de su alta calidad, la recibió con mucha cortesania, y solamente le preguntó si era cristiana: *Soylo*, respondió Julita, *y tambien mi hijo lo es. Admirome*, replicó el gobernador, *de que una señora de tu nacimiento, de tus años, de tus prendas y de tu espíritu se haya dejado infatuar de las extravagancias de esa religion. Mas me admiro yo* (repuso la Santa) *de que un hombre que tenga no mas que una leve tintura de razon, pueda abandonarse á los absurdos y á las infamias del paganismo. Las que vosotros llamais extravagancias en la religion cristiana, son unas máximas en las cuales reina la verdadera sabiduria, el buen juicio y la verdad: ni aun vosotros ignorais que solo en esta religion se encuentran la inocencia, el honor y la virtud. Mucho menos ignorais vosotros* (replicó el gobernador ciego ya de cólera) *que los tormentos se hicieron en el mundo para los cristianos; y diciendo estas palabras mandó que la arrancasen al hijo de los brazos y luego la pusiesen en el po-*

tro. Sintió mas Sta. Julita la violenta separacion de su hijo, que el tormento á que la iban á aplicar. Sus dos criadas, poseidas del miedo, la habian abandonado desde los principios; pero recobradas del primer pavor volvieron luego á mezclarse entre la muchedumbre, para ver de léjos los tormentos que padecia su ama.

Era el ánimo del gobernador aterrar á los cristianos con esta primera ejecucion, y así fué verdaderamente cruel. Descargaron una espesa lluvia de azotes con nervios de bueyes sobre el delicado cuerpo de la Santa, á cuyos furiosos golpes corrian por todas partes arroyos de sangre, quedando su hermoso cuerpo espantosamente destrozado.

El niño mientras tanto, viéndose separado de su madre, comenzó á llorar y á gritar, haciendo cuantos esfuerzos podia para volverse á ella, y para desembarazarse de los que le tenian en sus brazos. Viéndole tan vivo y tan hermoso, mandó el gobernador que se lo llevasen; púsole sobre las rodillas para acallarle; comenzó á halagarle y acariciarle, aplicando la boca para darle un beso; pero el niño volvió la cabeza, apartóle la cara con sus manecitas, y haciendo cuanto podia para desasirse de él, le daba con los pies, y le arañaba con sus pequeñas uñas. Por mas diligencias que hizo el gobernador para que no mirase á su madre, nunca lo pudo conseguir, volviendo siempre el niño sus ojitos hácia ella, y gritando continuamente como la misma madre: *Yo soy cristiano, yo soy cristiano*. Irritado Alejandro con estos gritos, y furioso de verse tan burlado, entró en tan descompuesta cólera, que cogiendo al tierno infante por una pierna, y diciendo brutalmente: *Ya que eres cristiano como tu madre, perecerás con ella*, le estrelló con rabiosa violencia contra el pavimento del tribunal, haciéndose pedazos la pequeña cabeza en la primera grada, esparcidos los sesos por el suelo, y llenándose todo él de aquella inocente sangre; inhumanidad que detestaron con horror todos los asistentes, desahogando en un sordo murmullo su justa indignacion. Sola Julita vió con ojos enjutos aquel glorioso espectáculo, y manifestando á los gentiles cuánto la habia elevado la gracia de Jesucristo sobre los movimientos de la naturaleza, se conservó bañada de un gozo celestial, rindiendo en alta voz gracias al cielo porque se habia dignado coronar antes que á ella á su dulcísimo hijo.

Oyó Alejandro, como todos los demás, esta oracion; y á vista del generoso desprecio que hacia de la muerte, se desengañó de que ningun tormento seria capaz de doblarla. No obstante, por ejercitar su crueldad, mas que por entretener su esperanza,

mandó que la volviesen al potro; que la despedazasen los costados con uñas aceradas; que echasen pez derretida sobre sus delicados pies; y mientras el pregonero la exhortaba en alta voz á que sacrificase á los ídolos, la Santa levantando mucho mas la suya, gritaba: *Yo soy cristiana.*

Toda descoyuntada, despedazada y abrasada, no alentó el menor suspiro; ni abrió la boca sino para dar testimonio de la divinidad de Jesucristo, y para declarar que los ídolos, á quienes querian ofreciese sacrificios, eran solos unos viles instrumentos del demonio para engañar á los hombres miserablemente. Amenazáronla con que seria tratada como su hijo, y ella exclamó: *¡ Ah! si deseo con ansia alguna cosa, es tener parte en su dicha, y caminar cuanto antes á hacerle compañía en la gloria.* El silencio, el aire y todo el exterior de los concurrentes daban bien á entender la admiracion y asombro con que miraban la magnanimidad de aquella jóven señora, y la alta idea que concebían de su santa religion; lo que advertido por el gobernador, determinó quitársela cuanto antes de la vista, y mandó que la cortasen la cabeza. No pudo disimular su extraordinaria alegría luego que oyó la sentencia; y como era su mayor empeño que triunfase la fe de Jesucristo en medio de los tormentos gritando sin cesar que era cristiana, los verdugos la metieron en la boca una gran bola para que no pudiese hablar mientras la conducían al lugar del suplicio. En llegando á él, los pidió la concediesen un corto espacio de tiempo para hacer oracion: hincóse de rodillas; dió gracias á Dios por haber llevado para sí á su querido hijo; suplicole se dignase admitir el sacrificio que le hacia de su vida; levantó dulcemente los ojos al cielo, y tendiendo su cuello al verdugo, éste de un golpe la separó la cabeza, y consumó su martirio con tan gloriosa muerte el día 16 de junio por los años de 305.

Por la noche fueron las dos criadas suyas á retirar el santo cuerpo y el de su hijo S. Quirico, los que enterraron en un sitio del territorio de Tarso, á bastante distancia del lugar de su martirio; y habiendo vivido una de ellas hasta que el grande Constantino, diez y ocho años despues, dió la paz á toda la Iglesia, descubrió el precioso tesoro que habia escondido; y acudiendo todos apresuradamente á venerar las santas reliquias, se hizo desde entonces célebre su culto en todo el Oriente. Dicese, que habiendo hecho un viaje hácia aquellas partes S. Amatro, obispo de Auxerre, trajo consigo los cuerpos de S. Quirico y Sta. Julita, y los colocó en una iglesia que tuvo despues su misma advocacion. Lo cierto es, que las muchas iglesias que hay en

Francia dedicadas á estos dos Santos persuaden bastante que sus reliquias se repartieron entre varias, como en Tolosa, en Clermont, en Arlés, y singularmente en Nevers, que tiene por patron á S. Ciro.

#### SAN AURELIANO, OBISPO Y CONFESOR.

ENTRE los prelados célebres que florecieron en la Iglesia de Francia en el siglo VI, fué uno S. Aureliano, obispo de Arlés, de quien ignoramos su origen, sus progresos en la carrera literaria, y sus hechos siendo del clero inferior, por la negligencia de los sabios de su tiempo, que pudiendo recopilar estas y otras memorias, defraudaron á la posteridad de tan preciosos monumentos.

Sabemos que por el conocimiento de su eminente virtud y de sus sobresalientes talentos, fué elevado en el año 546 á la silla metropolitana de Arlés, luego que quedó vacante por muerte del obispo Auxanio, sucesor del célebre S. Cesario. El papa Vigilio, que gobernaba por entonces la cátedra apostólica, queriendo darle pruebas evidentes de cuanto aprobaba su eleccion, y manifestarle el aprecio que hacia de su gran sabiduria y ardoroso zelo por la religion y disciplina eclesiástica, le envió el palio, y condecoró con la jurisdiccion vicaria de la Santa Sede en todo el reino de Childeberto, hijo de Clodoveo, que reinaba en la parte de la monarquía llamada Neustria ó Francia occidental, y una porcion del reino de Borgoña, adonde se estendia la metrópoli de Arlés.

Aunque Aureliano no se distrajo jamás del particular cuidado que debia poner en el buen orden de su diócesi, valiéndose de la autoridad concedida por el romano pontífice, aplicó toda su reputacion y sabiduria á la consecucion del bien público, y al establecimiento de varios cánones interesantes en la mejor política y gobierno de la Iglesia. Asi lo acreditó en el concilio que se celebró en Orleans en el año 549, convocado de los tres reinos de Francia, á solicitud del rey Childeberto en el año 39 de su reinado, en el que presidió en virtud de sus facultades, segun opinan varios críticos, aunque otros atribuyen la presidencia de este sínodo á Sardo ó Sacerdote, obispo de Leon; teniendo gran parte en lo que allí se determinó acerca de la reformation de costumbres y disciplina eclesiástica. Tambien supo aprovecharse útilmente y con mucha discrecion de la estimacion que de él hacia Childeberto para erigir varios monumentos de piedad, memorables entre ellos los dos monasterios que edificó en

Arlés, uno para hombres, y otro para las vírgenes consagradas á Dios, á los que dió con mucha prudencia y sabiduría una doble regla, que tenemos en el código de las que recopiló Holstenio, donde parece aumentó algunos artículos sobre la de S. Cesario su predecesor.

Agitábase en tiempo de este insigne prelado la cuestion de los tres capítulos que miraban á la persona de Teodoro, obispo de Mosuesta, que habia sido maestro de Nestorio; á la carta de Ibas, obispo de Edesa; y á la respuesta de Teodoreto, obispo de Ciro, contra los Anatematismos de S. Cirilo: empeñóse el emperador Justiniano en la condenacion de estos tres capítulos, sin mucha necesidad; resistiólo el papa Vigilio, temiendo debilitar la autoridad del concilio de Calcedonia que habia recibido en su comunión á Ibas y á Teodoreto, y que nada ordenó contra la memoria de Teodoro, aun cuando se leyeron en él los escritos de estos tres prelados. Los obispos del Africa, que se mostraban mas ardientes que todos, rehusaban recibir el edicto de Justiniano; los de Francia, aunque mas moderados, no creian deber estar indiferentes en un negoeio de tanta gravedad. Con este motivo escribió Aureliano á Vigilio sobre la sospecha que tenian formada algunos prelados de su condescendencia con el emperador; pero su Santidad le respondió, asegurándole que jamás permitiría cosa contraria á la doctrina de los cuatro concilios, Niceno, Efesino, Constantinopolitano I, y de Calcedonia, ni á las determinaciones de Celestino, Sixto y Leon, sus predecesores; ordenándole además que emplease su reputacion para con el rey Childeberto, á fin de que mostrase su solicitud en favor de la Iglesia de Dios, é impidiese con su poder el que Totila, rey de los godos, que habia tomado á Roma y saqueado la ciudad, no hiciese padecer á los católicos, mediante á que hacia profesion de la herejía arriana.

Finalmente, este insigne prelado, distinguidísimo por la defensa que siempre hizo de la religion católica, y por los establecimientos utilísimos para el mejor régimen de la Iglesia, con cuyo elogio le recomienda el Martirologio galicano, murió lleno de merecimientos por los años 551, en el día 16 de junio, en Leon de Francia, aunque los escritores no nos dicen el motivo de su tránsito á aquella ciudad; donde se celebra su memoria en el mismo dia, y en el siguiente en la de Arlés, á causa de estar impedido el 16 con la fiesta de S. Quirico y Julita en esta iglesia.

Algunos confunden á este prelado con otro Aureliano, obispo de Leon, pero sin fundamento, por no hallarse éste colocado en

el catálogo de los Santos como el de Arlés; cuyas reliquias se hallaron en Leon en el reconocimiento que se hizo de las existentes en la iglesia de S. Niceto por Ugo, obispo Tabariense, en virtud de comision en el año 1308, tercero del pontificado de Clemente V, para mas decente colocacion de las depositadas en aquel templo; leyéndose en la lápida de mármol del sepulcro de S. Aureliano de Arlés varios versos espresivos de sus laudables hechos y tiempo de su pontificado.

#### SANTA LUTGARDA Ó LUDGARDIS, MONJA DE LA ÓRDEN DEL CISTER, VÍRGEN.

SANTA Lutgarda floreció en el ducado de Brabante; escribió su vida Fr. Tomás Cantipratense, que la conoció mucho, y fué su familiar. Nació esta vírgen en la ciudad de Tongre, de padrés honrados. El padre deseó casarla, y la madre entrarla en algun monasterio. Prevaleció la voluntad de la madre; y siendo muchacha de doce años entró en un monasterio de Sta. Catalina, de la órden de S. Benito, aunque (á lo que parece) no con intento y resolucion de ser monja; porque pretendiendo un caballero mozo casarse con ella, le dió oídos. Pero Cristo nuestro Señor, que la habia escogido para esposa suya, estando un dia hablando con aquel mozo, le apareció en aquella figura con que vivió en la tierra, y descubriendo la sagrada llaga del costado, que destilaba sangre, le dijo: *Mira, de aquí adelante no te entretengas en estas falsas blanduras de amor necio; aquí contempla lo que debes amar, y porqué lo debes amar, que yo aquí te prometó todas las delicias, y regalos puros y macizos.* Con esta vision quedó tan confusa y presa del amor de Cristo la santa vírgen, que cerró las puertas de su corazon á cualquiera adulterino amor, y sus oídos á las palabras de aquel mozo, y de otros que despues se quisieron casar con ella, como si fueran silbos de venenosas serpientes. Comenzó, pues, á darse á la oracion y meditacion de las cosas del cielo, y abrazarse con Cristo crucificado, con tanto fervor, como si le tuviera vivo y presente. Y como á algunas de las monjas ancianas les pareciese aquel fervor de novicia, y que presto se resfriaria, y por eso ella temiese su flaqueza, y se entristeciese, le apareció la sacratísima Vírgen nuestra Señora, y con rostro alegre y sereno, le dijo, que no temiese, porque ella la ampararia, y la haria crecer de virtud en virtud. Tambien le apareció Sta. Catalina, vírgen y mártir, patrona de aquel monasterio, y la confortó, y prometió el don de perseverancia; y apareció á otra mujer, exhortándola á que to-